



La

NAVIDAD

como

VOCACION

Fernando Jiménez Hdez -Pinzón, S. J.

Dialéctica de la vocación

Escribió el exquisito RABIN-DRANATH TAGORE: "Mi corazón está triste porque no sabe de dónde lo están llamando".

Es éste uno de los problemas que aflige y alegra el corazón del hombre. El de la llamada: la *vocación* en su exacta etimología.

Porque si el hombre se siente irremediamente llamado, es que existe un *alguien* trascendente que lo llama. Y ante ese Ser, es necesario situarse en una postura de respuesta.

Respuesta que puede ser de aceptación o de rechazo.

En la novela "Cada hombre en su noche" de JULIEN GREEN, ha quedado plasmada —como en tantas otras que intentan plantear un problema desde sus más hondas raíces humanas— esta dialéctica de la llamada y la respuesta a una vocación trascendente:

"Sé lo que es la vocación de que me hablabas hace un momento. La voz. La he escuchado y la he hecho callar. Quiero que se calle. Quiero embriagarme en amor hasta que se calle porque me estorba y me da miedo. Reconozco que me da miedo" (1).

Resumiendo, podríamos decir que toda la dinámica de la vocación se inscribe en la dialéctica del *diálogo*, entendiéndolo como el contacto intencional entre dos personas por medio de la llamada y la respuesta.

Vocación y diálogo con Dios

Decir que todo hombre tiene una vocación trascendente, es decir que todo hombre está en *diálogo con Dios*, que existe una llamada de Dios ante la cual el hombre tiene que tomar una decisiva postura de respuesta.

S. PEDRO define metafóricamente esta vocación como una carrera hacia la luz de Dios: Dios "os llamó de las tinieblas a su admirable luz" (1Pe 2,9).

Pero tengamos en cuenta que esta vocación puede considerarse realizada en el hombre individual, *el hombre-yo*, o en el hombre colectivo, *el hombre-pueblo*.

En la realidad bíblica de este segundo aspecto, el del hombre considerado colectivamente, quiero centrar el presente trabajo.

La Biblia nos presenta tres estadios en esta carrera del hombre hacia la

luz. O, dicho de otro modo, tres llamadas de Dios y tres respuestas del hombre:

La primera es la vocación a la VIDA. La segunda, la vocación a la AMISTAD Y la tercera, la vocación a la INTIMIDAD.

Cuando el diálogo del hombre y Dios fragua en la emoción de una intimidad, brota entonces la luz en las mismas entrañas de la miseria humana. "En el principio... las tinieblas cubrían los abismos", leemos en el Génesis. "Y dijo Dios: Que haya luz. Y se hizo la luz".

I.—ADAN, O LA VOCACION A LA VIDA

La primera llamada de Dios al hombre fue con voz de creador.

Consistió en sacarlo de la nada e instalarlo en esta existencia humana que definimos por *vida*:

"Entonces formó Yahaveh Dios al hombre del polvo del suelo (adamá) y soplando en sus narices aliento vital, quedó constituido el hombre como ser vivo". (Gen. 2,7)

Dice HEIDEGGER que ser criatura es estar sosteniéndose dentro de la nada. Pero también significa estar sosteniéndose en el Ser Absoluto.

Es decir, Dios no le dió al hombre la vida en plenitud pero lo puso en camino hacia su plenitud, situado entre los límites del ser y de la nada.

Esta concepción del hombre "en camino" hacia su plenitud vital es el testimonio optimista del cristianismo frente a la nihilista filosofía existencial que considera la existencia humana como "ser para la muerte".

Ahora bien, la orientación decisiva en este camino la dejó Dios condicionada a la respuesta del hombre.

(1) JULIEN GREEN, «Cada hombre en su noche», Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1961, pág. 130.

STO. TOMAS lo explica diciendo que "por el mismo hecho de que el hombre procede de la nada, su poder se puede dirigir hacia el no-ser" (2).

El pecado como respuesta

La respuesta del hombre fue el pecado.

Fascinado por la tentación de la serpiente no acepta el ser que Dios le había concedido.

Si no os sometéis al plan de Dios, si desobedecéis su mandato "os haréis como Dios" (Gen. 3,4), le había dicho la serpiente.

En su libro "Sobre la esperanza" define PIEPER el pecado como un viraje del hombre hacia la nada (3).

Entre los límites del Ser y de la nada, el hombre, ya al comienzo de su historia, responde a la vocación de Dios virando hacia la muerte.

Desde entonces, la vida —escribe S. AGUSTIN— se convirtió en un incipiente morir (4).

Pero de tal manera la dirección del camino apuntaba hacia el Ser, que incluso la decisión por la nada tuvo que enmascararse en plenitud: "Seréis como Dios".

Una luz en el horizonte

Con esta respuesta del hombre, la vida para la que había sido llamado por Dios, quedó cuajada en una fluctuación compleja entre libertad, amor, poder, pecado y esperanza.

Porque entre las tinieblas de la nada, donde el hombre se había sumergi-

do libremente por su pecado, se abrió paso un rayo de esperanza: una mujer, y "la semilla" misteriosa y fecundadora de nueva vida que iba a nacer de ella. Maldijo Yahveh Dios a la serpiente diciendo:

"Porqué hicistes esto, serás maldita como ninguna otra bestia o fiera. Caminarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer y entre tu semilla y la suya. Y ella aplastará tu cabeza." (Gen. 3, 14-15).

A este propósito, escribe HUGO RAHNER en "Teología de la predicación": "La vida de Jesús, retrospectivamente informa todo el desarrollo humano, desde el instante en que la simiente de la naturaleza humana escogida por Dios reposó en el hombre.

Por eso el amor de Dios —pleno de esperanza— habla de esta semilla ya en la orilla del paraíso perdido: como si no pudiese esperar más tiempo para revelar a los hombres el oculto sentido de la historia universal que entonces comenzaba y que había de desarrollarse a través de los siglos" (5).

II.— EL PUEBLO ELEGIDO, O LA VOCACION A LA AMISTAD

El protagonista de este segundo capítulo en la carrera del hombre hacia la luz, es la figura bíblica de Abraham.

"Dirigió Yahaveh Dios la palabra a Abraham diciendo: Tengo pacto contigo, y serás padre de multitud de naciones... Establezco pues mi pacto entre los dos y después de ti con tu posteridad con alianza eterna, a fin de que yo sea Dios tuyo y de tu descendencia después de ti" (Gen. 17, 4,6).

Dios extiende su mano hacia el abismo de tinieblas del pecado y escoge a

(2) STO. TOMAS, «*Commentum in II libros sententiarum*», lib. 2, dist. 23,1.

(3) JOSE PIEPER, «*Sobre la Esperanza*», Patmos, Madrid, 1953, pág. 24.

(4) S. AGUSTIN, «*De peccatorum meritis et remissione*», 1,16.

(5) HUGO RAHNER, «*Teología de la predicación*», Plantín, Buenos Aires, 1950.

Abraham para entablar en su nombre un pacto de amistad con el pueblo.

Pero sabemos que la verdadera amistad se fundamenta sobre dos cimientos incommovibles: la fidelidad y la confianza.

“Si quieres hacerte con un amigo, sea después de haberle experimentado, y no te entregues a él con ligereza...

El amigo fiel es una defensa poderosa; quien le halla, ha hallado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de oro y plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su confianza”.

(Eccles. 6, 7-16).

Dios somete a Abraham a una prueba definitiva de fidelidad, exigiéndole el sacrificio de su único hijo Isaac, sobre la montaña “Yahveh yiré”, que significa “Dios provee”, la montaña de la confianza en Dios.

“Y llamó el ángel de Yahveh a Abraham por segunda vez desde el cielo y exclamó: Juro por mí mismo —palabra de Yahveh—, que por cuanto has hecho ésto y no has rehusado entregarme a tu hijo único, te llenaré de bendiciones y multiplicaré abundantemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en las riberas del mar; y por cuanto escuchaste mi voz, tu posteridad conquistará las ciudades de sus enemigos, y serán benditas en TU SEMILLA todas las naciones de la tierra” (Gen. 22, 16-20).

En camino hacia la luz de Cristo

Este pasaje representa un acercamiento colectivo —pueblo escogido— del hombre hacia la luz.

El hombre se apartó de Dios porque quiso ser como El. Y Dios anuda de nuevo sus relaciones con el hombre en esta segunda vocación a la amistad. “Yo lo llamaré para que se me acerque y él se me acercará. ¿Quién, si no, se atrevería a acercarseme?, dice el Señor” (Jer. 30, 21)

La primera respuesta a la vocación de Dios fue el pecado. Pero juntamente con el pecado floreció la esperanza.

Dios corresponde a la esperanza del hombre: Tendió su mano con gesto de amistad —que el hombre estrechó con amistad, en la confianza y fidelidad de Abraham— y le hizo el don de su promesa como un nuevo destello de luz en el horizonte de la esperanza humana: “En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra”.

Y el Apostol S. PABLO comenta así estas palabras:

“Las promesas se hicieron a Abraham y al descendiente de él. No dice: y a los descendientes, como si fuesen muchos; sino como uno: y al descendiente de ti, EL CUAL ES CRISTO”. (Gal. 3,16) (6).

III.—EL DIALOGO DE INTIMIDAD

La palabra, compromiso de intimidad

El primer elemento de la intimidad entre dos personas es la palabra. “Os anuncio las cosas que sabemos —escribía S. Juan a sus comunidades cristianas— para que entréis en intimidad con nosotros” (I Jn. 1,3).

La palabra es un destello del alma, la explicitación material del misterio que todos llevamos dentro.

“La palabra y el amor son los únicos que pueden expresar nuestra espiritualidad y nuestro ser personal. La palabra, por su parte, solo brota de los labios y tiene algún sentido cuando se dirige a otra persona, a un “tu”, a un interlocutor espiritual relacionado

(6) No quiere S. Pablo negar el sentido colectivo de la promesa hecha a Abraham, sino que aprovechando la ambivalencia del término hebreo «descendencia», ve en su uso singular una insinuación, sin duda providencial, para que nos demos cuenta de que en las bendiciones abrahámicas la razón última de todas ellas es un descendiente singular del patriarca, el Mesías.

con el "yo". La hondura y la gravedad de la palabra solo son plenamente percibidas en *el amor*, en la comprensión y atención prestada al "tu". Un "tu", un interlocutor espiritual, auténtico e independiente, solo lo descubrimos por medio de la palabra y el amor" (7).

Al hablar hacemos una entrega de nuestro misterio interior y penetramos otro ser hasta hacerle *participar*, poseer como suyo parte de lo más íntimo del nuestro.

La compenetración entre dos personas hasta la casi identificación tras esas íntimas fronteras donde no existe "lo mío y lo tuyo" sino que ambos participan de lo "nuestro", es lo que entendemos por *intimidad*. Y decimos que esta intimidad *comienza* por la palabra —en esa acepción amplia que hemos señalado— y, recíprocamente, por el oído.

Un joven escritor universitario, ha expresado, en los diálogos de un drama inédito, ese maravilloso dinamismo de intimidad que posee la palabra:

"MAYA: Cuando te conocí, yo te contaba todo; hablaba, hablaba porque, mientras yo hablaba, tú reías. (...) Hasta que un día te conté la historia más alegre de todas, la más hermosa que te había contado nunca... y no te gustó; ya no encontraste graciosa mi voz, ni mis gestos, ni mi risa... Me parece que te estoy viendo mientras yo hablaba, con los ojos perdidos sin decir nada. Seguí hablando en lucha desesperada. Yo ponía cada vez más alegría en mi historia, más entusiasmo(...)

GABRIEL: Nunca te he querido como aquel día (...) Sentí que te había encontrado dentro... en lo más hondo de mí".

Y el poeta JOSE HIERRO le dice a un amigo en su poema "Respuesta":

"Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.

Siento arder una loca alegría en la luz
que me envuelve.

Yo quisiera que tú la sintieras también
inundándote el alma,
yo quisiera que a tí, en lo más hondo,
también te quemase y te hiriese".

Es el milagro de la intimidad que comienza por esa revelación de nuestro misterio interior, a la que llamamos palabra.

«Palabra de Yahveh».

Dios ha intentado esa compenetración con el hombre, con su pueblo; ese primer momento de intimidad que nace de la palabra.

En todo el Antiguo Testamento se revela la Palabra de Yahveh. Y dice STO. TOMAS que nadie revela sus misterios si no es a un amigo para entablar con él un diálogo en intimidad (8).

Hay en el Antiguo Testamento una figura que destaca vigorosamente en esta comunicación íntima con Dios por medio de la palabra: es Moisés.

"Yahveh hablaba con Moisés íntimamente, como conversa un hombre con su amigo" (Exo. 33,11).

Y en el rostro de Moisés se reflejaba radiante la luz de Dios que había brotado ya en su alma:

"Cuando bajó Moisés de la montaña del Sinaí, trayendo en sus manos las dos tablas de la ley, no sabía que la tez de su rostro se había puesto radiante en su conversación con El. Ahora bien, Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés y su rostro resplandecía". (Exo. 34,29 y 30).

Un paso en la intimidad

Pero el corazón humano no queda satisfecho con la mera audición de las

(7) B. HAERING, «La ley de Cristo», T. II, Herder, Barcelona, 1961, pág. 19.

(8) STO. TOMAS, «Summa contra gentiles», 4,21.

palabras del ser amado, o con la lectura de su mensaje. Quiere ver nacer las palabras en sus labios, ver la vehemencia de su rostro, el brillo de sus ojos y la sinceridad en la expresión de su semblante.

La intimidad entre dos personas empieza a ser intensa y vibrante cuando la imagen de una se imprime en la mente y se graba en el corazón de la otra" (9).

Es el anhelo de S. JUAN DE LA CRUZ, herido, como un ciervo, por la ausencia de su místico Amado :

"Descubre tu presencia y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura".

En todo el Antiguo Testamento vibra ansiosamente la necesidad de la "presencia y la figura" de Aquel cuya palabra habían escuchado :

"Como anhela la cierva las corrientes de las aguas, así mi alma te desea a Ti, oh Dios. Mi alma está sedienta del Dios vivo ¿cuándo iré a contemplar su rostro" (Ps. 41).

"Ven Señor, que te sientas sobre los querubines; muéstranos tu rostro y seremos salvados" (Ps. 79,4).

Tampoco Moisés quedaba satisfecho con oír las palabras de Yahveh que "le conocía por su nombre". Ansiaba dar el paso en su intimidad con El : ver su rostro.

Entonces dijo Moisés : Por favor, muéstrame tu rostro. (...) Respondió Yahveh : No podrás ver mi rostro porque el hombre no puede verme y quedar con vida (...).

Y añadió : Mira, escóndete detrás de aquellas rocas y al pasar yo con toda mi gloria, te cubriré con mi mano mientras paso. Después apartaré mi

mano y me verás de espaldas, pero mi rostro no se puede ver" (Exo. 33, 18-23).

Palabras enigmáticas del Señor. Moisés no logró la intimidad vivificante de la visión de Yahveh, pero el pueblo seguía ansiando la presencia de su Salvador :

"Que las nubes llovan al Justo como rocío del cielo. Que se abra la tierra y germine la salvación" (Is. 45,8).

La Navidad: Emmanuel, Dios con nosotros

Toda la carrera del hombre, desde el abismo del pecado hacia la Luz, siguiendo la vocación de Dios, la sintetiza el profeta Isaías en esta frase :

"El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una gran Luz; Luz que venía a alumbrar a los que yacían en las sombrías regiones de la muerte" (Isa. 9,1).

Y S. JUAN nos lo aclara en el prólogo de su Evangelio : "La Palabra de Dios (el Verbo) era la Luz verdadera... Y la Palabra de Dios se hizo carne y se vino a vivir con nosotros, y vimos su gloria..." (Jn. 1,14).

El misterio de la Navidad de Jesucristo exulta con el júbilo de los pregoneros de la presencia y de la luz que representa la inauguración del Evangelio, la Gran Noticia :

Anuncia Isaías : Una luz ha resplandecido hoy sobre nosotros "porque nos ha nacido el Señor" (Is. 9,2).

Y los ángeles : "Os anuncio una gran alegría para todo el pueblo : os ha nacido el Salvador, que es Cristo, el Señor. Sírvaos de señal que veréis a un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc. 2,2).

El evangelista lo narra sencillamente : "Vinieron, pues, a toda prisa (los

(9) FULTON J. SHEEN, «La vida merece vivirse», II serie, Flors, Barcelona, 1957 pág. 4.

pastores) y encontraron a María, a José y al Niño acostados en el pesebre, y viéndole, manifestaron todo lo que les habían dicho los ángeles" (Lc. 2,16 y 17).

El salmista, por fin, resume en sus versos todo el motivo de la gran alegría: "*Alégrense los cielos y que se regocije la tierra ante el rostro del Señor*" porque ha venido. (Ps. 95,11-13).

Esta fue la Palabra definitiva de Dios, dirigida colectivamente al hombre-pueblo en ese diálogo que comenzó con la vocación, dolorosamente frustrada, de Adán. Es la culminación a un empeño progresivo de acercamiento, de intimidad cimentada en la revelación de los misterios de Dios que en otros tiempos nos habló muchas veces por medio de los profetas y últimamente nos ha hablado con la Encarnación del Hijo (Hb. 1,1).

"Esta unión del LOGOS (la Palabra) con el hombre es el misterio absconditum a saeculis (escondido desde todos los siglos). El dulce misterio en que su amor meditaba antes de que hubieran sido hechos los montes y el lucero de la mañana" (10). Esto es, restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y de la tierra. (Ef. 1,10).

El sentido de nuestra vocación de cristianos

La materia —lo visible— ha sido desde su creación símbolo de realidades cada vez más perfectas —en la piedra, en el árbol, en el fruto, en el hombre—. La materia es la misma en todas, pero simboliza realidades esencialmente diversas en un progresivo refinamiento hacia lo espiritual.

Con el Nacimiento de Cristo, nuestra materia pasa a ser símbolo de la misma Divinidad.

La Palabra se hizo carne, materia visible, para que conociendo a Dios en forma visible seamos arrebatados por El al amor de las cosas invisibles (Prefacio de navidad), y reflejando la gloria de Dios como en un espejo, nos transfiguremos en su misma imagen. (II Cor. 3,18).

"Todo el misterio del cristianismo —dice HUGO RAHNER— se centra en esta unión de la invisible y lo visible realizadas en la Encarnación del LOGOS: la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Persona del Verbo. Este es el manantial de nueva vida espiritual que salta hasta la vida eterna" (11).

La economía de la vocación divina del hombre se dirige a este único fin: la intimidad por la indentificación. El Dios-hombre y los hombres divinizados por El.

S. PABLO presenta esta realidad estableciendo una comparación entre el primer hombre, Adán, llamado por Dios a la vida humana, y el segundo Adán, Cristo, que representa y nos trae el llamamiento de Dios —la vocación— a la participación de su vida divina:

"Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... mucho más copiosamente se ha derramado sobre muchos la misericordia y el don de Dios por la gracia de un solo hombre que es Jesucristo" (Rom. 5,12).

"Porque como en Adán todos murieron, así en Cristo todos serán vivificados" (Cor. 15,2).

"Así como el primer hombre ha sido terreno, han sido también terrenos sus hijos; y así como es celestial el segundo hombre, son también celestiales sus hijos. Según esto, así como hemos llevado grabada la imagen del hombre terreno, llevemos también la

(10) H. RAHNER, o. c.

(11) H. RAHNER, o. c.

imágen del hombre celestial" (I Cor. 15, 47-49).

La tercera vocación de Dios al hombre es a identificarse con El por el amor.

Adán nos hundió en las tinieblas del pecado y de la muerte por la soberbia: quizo ser como Dios.

Dios nos ha llamado a la luz, haciéndose hombre. Dios se hizo hombre —escribe S. AGUSTIN copiando a todos los SS. Padres— para que el hombre se hiciese como Dios por la gracia.

La respuesta

La respuesta del hombre a esta llamada decisiva de Dios, la resume S. JUAN en el prólogo de su Evangelio: *"Vino a los suyos —a su pueblo— y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, les dió potestad de ser llamados hijos de Dios"* (Jn. 1,11 y 12). (12).

Ante esta vocación definitiva, los hombres hemos orientado nuestro camino en dos direcciones opuestas. La de los que rechazan su Palabra, hecha presencia y figura en Cristo. Y la de los que la acogen, creen en El y se hacen dignos de ser llamados hijos de Dios. A estos últimos les dice S. PABLO:

"En otros tiempos fuisteis tinieblas. Ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la Luz" (Eph. 5,8).

"Porque Dios, que dijo: De en medio de las tinieblas brillará la luz, El es quien resplandeció en nuestros corazones, para que irradiemos el conocimiento de la gloria de Dios que reverbera en el rostro de Cristo Jesús". (II Cor. 4,6).

(12) «Y yo os acogeré, y seré yo vuestro padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso». (II Cor. 6,18).

"Ve, hombre; ve lo que vino a ser Dios por tí. Aprende las enseñanzas de tan gran humildad, de la boca de un doctor que no habla todavía. Cuando tu apareciste en el Paraiso, tenías tal facundia que pudiste dar nombre o todo animal viviente; y por amor a ti se hace niño tu Creador, y está tendido en un pesebre sin pronunciar una palabra, sin dar siquiera el nombre de madre a su Madre. Tú te perdistes en la dilatada umbría donde gustabas sabrosas frutas, negándote a obedecer; El viene en carne mortal a un establo estrechísimo para buscar al muerto, muriendo. Tu eras hombre y te perdiste por empeñarte en ser Dios; El es Dios y se hace hombre para encontrar al que se había perdido. Tan abajo te precipitó la humana soberbia, que sólo podía levantarte la divina humildad."

(S. Agustín, Serm. PL. 38, 1003).
